do, que combatió victoriosamente algunos de sus más temerarios asertos, ha escrito acertadamente: (1) «En realidad, la crítica bíblica de nuestros días procede de la filosofía mucho más que de la historia. La exégesis actual es corolario lógico, consecuencia de un sistema filosófico. Es hija de las teorías idealistas ó materialistas del siglo XIX. Corresponde al estado de las inteligencias desde Hegel hasta Schopenhauer». (2)

Véanse sobre este asunto, además de los autores aquí citados, los trabajos de Augusto Nicolás, Caminero, Monseñor Freppel y Monseñor Bougaud; como obra de tésis ó expositiva, el libro admirable de Luis Veuillot, *Vida de Jesucristo;* y como obra maciza, la que lleva igual título, del P. Didon.

LECCIÓN VII

El racionalismo y el Dogma de la Santísima Trinidad

Entramos ya en las relaciones ó harmonías del dogma cristiano con la razón humana, ó, por decir mejor, con la razón. La razón no es cosa inventada por el hombre, ni cosa que el hombre pueda darse á sí mismo ni á los demás; la razón es un don de Dios, una facultad del alma humana, una luz esplendorosa que nos ilumina y nos distingue del

(1) Monseñor Meignan arzobispo de Tours, *David roi, psalmiste, prophète.*

(2) Abbé Fremont: *La divinité de Jésus-Christ et la libre pensée,* tomo 2.º

puro animal; por eso, con tanta exactitud, el hombre es llamado animal racional. Pero si la razón es luz natural que viene de Dios, la fe es don sobrenatural que procede del mismo foco; son dos rayos desprendidos del mismo luminar, aunque distintos por su condición; natural el uno, sobrenatural el otro, pero formando perfecta consonancia, pues de otro modo necesario fuera poner contradicción en su origen, que es Dios, y esto es manifiestamente absurdo.

Ahora bien; esta ley general de conformidad ó harmonía brilla esplendorosa en todos los dogmas, al estudiarlos en sus relaciones con la obra de Dios, y al aplicarles la ley de comparación mediante el ejercicio legítimo de la razón; y lo veremos comenzando por el primero, que es el de la Santísima Trinidad, ó sea el misterio de la vida íntima de Dios, de esa vida inefable que se encuentra en la hermosa ley de la unidad en la variedad ó multiplicidad, ley singular que aparece en todo y en todas partes, dando así testimonio de su imprescindible necesidad.

El Dogma de la Santísima Trinidad se constituye en la afirmación ó confesión de un Dios único, en tres distintas personas: Dios Padre; Dios Hijo; Dios Espíritu Santo. Cada una de estas personas es Dios; pero no suman tres dioses; porque si bien la una no es la otra, todas son Dios, mas no un Dios distinto cada una de ellas. Unidad de la substancia divina; triplicidad de relaciones en Dios; y como tales relaciones son perfectísi-

mas, porque son divinas, cada una de ellas es persona; Persona divina, especial como persona, pero las tres, un sólo y único Dios. Así expuesto el dogma, tenemos: unidad de substancia; triplicidad de relaciones. Aquí, con esta distinción necesaria, tenemos cuanto se requiere para contestar los reparos que el racionalismo hace á tan sublime Dogma, valiéndose, ora del principio de contradicción, ora echando mano del principio de identidad.

Citemos su mismo argumento, comenzando por el que se funda en el principio de contradicción: «Uno no puede ser tres; tres no pueden ser uno. Tan absurdo es esto como si se dijese: 1+1+1=1». Si la doctrina católica enseñase que un Dios son tres dioses; ó que tres personas son una persona, la observación sería justísima; pero no es así; el Dogma de la Santísima Trinidad no es una burla de la aritmética, ni un insulto hecho á los principios de la sana razón. Se afirma la unidad de Dios, mas no la unidad y triplicidad á un tiempo de la divina substancia; se enseña la triplicidad y distinción de las personas, mas no su unidad á un tiempo con su triplicidad, ni su distinción á un tiempo con su identidad. La unidad y triplicidad que se pone en Dios no es bajo el mismo respecto, sino bajo respecto distinto; con esto no hay lugar á contradicción, y las exigencias legítimas de la razón nada pueden aquí reclamar.

Viniendo á la objeción fundada en el principio de identidad, véase como el racionalismo se ex-

plica, abusando de dicho principio: «Las cosas idénticas á otra (á una tercera) son idénticas entre sí». Ahora bien: «si el padre es Dios, si el hijo es Dios, si el Espíritu Santo es Dios, en una palabra, si estas tres personas son idénticas á la Divinidad, son idénticas entre sí, y las personas, por lo tanto, no son distintas, y no hay Trinidad». A este argumento, así expuesto por el abate Cauly en su obra *Religion et catholicisme,* responde él mismo, diciendo: «Este razonamiento cae ante una distinción muy sencilla: las cosas idénticas á una tercera son idénticas entre sí, es verdad, si su identidad es absoluta y bajo el mismo respecto; pero si son idénticas bajo otro respecto, no se sigue que sean idénticas entre sí. Así pues, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son idénticos á la Divinidad desde el punto de vista de la naturaleza divina, es cierto; mas desde el punto de vista de la personalidad, no, puesto que tienen cada cual algo que los distingue. Así es que el Padre engendra y no es engendrado; el Hijo es engendrado por el Padre, y de Él, como del Padre, procede el Espíritu Santo; el Espíritu Santo no es engendrado, sino que procede á la vez del Padre y del Hijo, y no engendra á nadie. Se dan pues entre las tres personas divinas caracteres distintos de personalidad y no la identidad absoluta».

Pero, entremos en el asunto mismo y observemos las hermosas relaciones de harmonía que guarda con la vida de los seres creados, y las analogías que por donde quiera se observan entre

el ser finito y la vida íntima del ser infinito, que tal es el misterio de la unidad en la Trinidad.

El misterio de que aquí tratamos es el de la vida de Dios; ahora bien; ¿qué es la vida, y como se manifiesta su acción en los seres que nos rodean? La vida, en un sentido lato, es el ser; existir, es vivir; pero en riguroso sentido, la vida es un movimiento que procede de lo íntimo del ser y que produce algo, puesto que siendo el movimiento una acción, y siendo propio de la acción el ser fecunda, la vida es, por lo tanto, un movimiento fecundo; «vivir es obrar», dijo admirablemente el ilustre P. Lacordaire al estudiar este mismo asunto.

La fecundidad es pues la característica de la vida; el vegetal se mueve desarrollándose, y su movimiento expansivo produce el fruto, en cuyas entrañas se guarda la semilla, productora de otro ejemplar semejante. El animal, merced á la cualidad misteriosa de reproducirse por la generación, es fecundo y engendra su semejante; el hombre ha recibido el don admirable de la paternidad; el alma, actuando sus potencias intelectuales, produce su verbo y nos ofrece el espectáculo misterioso de sus ideas; todo, desde los últimos rangos de la vida hasta el más encumbrado de los vivientes, nos ofrece el maravilloso cuadro de la fecundidad; ahora bien; si esto, que es una perfección, ocurre en los seres creados, en estas míseras realidades vivientes, ¿habría de faltar en Dios, que, siendo infinito, posee, por eminente modo, cuanto hay de perfección en las criaturas, y lo posee en grado infinito? La criatura viviente es fecunda en la medida de su ser; luego Dios es fecundo en la medida del suyo; y siendo infinito, debe ser, por lo tanto, infinitamente fecundo; la expresión de la fecundidad es la paternidad; luego Dios es Padre, y como infinito y eterno, engendra un Hijo infinito y eterno; este Hijo es Dios, pero no resultan dos dioses, porque el infinito es único; no sufre repetición; el Padre y el Hijo son Dios; son distintos, porque el uno engendra, y el otro es engendrado; son uno por la substancia; son dos por las relaciones; y como estas relaciones son en Dios mismo, resultan perfectísimas; adquieren la nota de la individualidad racionalmente consciente, y por esto son personas; el Padre ama al Hijo; el Hijo ama al Padre; este amor que va del uno al otro es eterno é infinito; es Dios; pero es relación divina; es por lo tanto Persona divina; es el Espíritu Santo; y aquí se cierra eternamente el círculo perfectísimo de las relaciones divinas; no se da ni una menos ni una más; es imposible; por eso en Dios no cabe poner más de tres personas; ellas constituyen, en la distinción real que entre sí guardan y en la unidad substancial común á todas, el misterio inefable de la vida íntima de Dios; el misterio augusto de la Santísima Trinidad. ¿Qué tiene que oponer á esto la razón más exigente? Nada; absolutamente nada.

En cuanto á las analogías del misterio de la vida íntima de Dios con los seres creados, es cosa manifiestamente clara.

No hay manera de formarse idea de un cuerpo sean las que fueren sus dimensiones, sin encerrarlo en la triple superficie de los sólidos: largo, ancho y profundidad. Todo ser, si es vivo, reune en sí estas tres cosas: la existencia, el desarrollo y la fecundidad. El alma humana posee tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad; distintas entre sí, pero en la unidad del espíritu ó sujeto. En las ciencias tenemos: principios, relaciones y consecuencias; en el orden ontológico, se encuentran en la unidad del ser la verdad, la bondad y la belleza; en el orden lógico, el silogismo que siendo uno encierra tres proposiciones: mayor, menor y conclusión; y también, tres términos: mayor, medio y menor. En el orden moral tenemos tres entidades constitutivas del mismo: la ley, el conocimiento y la libertad. En las ciencias físicas, el calor, la luz y la electricidad; en mecánica tres condiciones: fuerza, punto de apoyo y dirección. En fisiología tres funciones: respiración, circulación y digestión; tres centros vitales: los pulmones, el corazón y el cerebro. En el lenguaje tres tiempos: presente, pasado y futuro; en la palabra, el verbo interior, la forma articulada y la relación entre el uno y la otra. Y en las ciencias naturales tres reinos: vegetal, animal y humano; el reino mineral sirve de base á los tres; y si se le contase podríamos asentar esta otra división: mineral, vegetal y animal, pero dejando á salvo, claro está, la racionalidad humana.

Para terminar, y teniendo en cuenta que la historia nos muestra por todas partes y en todos tiempos la filosofía de la Trinidad, como se ve en las doctrinas de la India, de la China, de la Persia, de Grecia y en los sistemas modernos de Hegel, Cousin y Lamennais, cabe notar, con el abate Cauly, que no obstante los reparos del racionalismo, toda la filosofía antigua y moderna se ve cercada por la realidad de la doctrina de la unidad en la Trinidad; y el mismo autor dice:

«De todas estas teorías tanto antiguas como modernas sobre la Trinidad, concluyamos que este dogma tiene su raíz en una revelación primitiva que se transmitió, más ó menos alterada, en los diferentes pueblos; que el espíritu humano vanamente tentaría comprender ó explicar este misterio; y que, finalmente, lo más fácil, como lo más razonable, está en admitir acerca de la Trinidad la enseñanza católica más bien que los delirios de los filósofos».

Merecen consultarse, sobre este asunto, los siguientes trabajos: Lacordaire, *Conferencias en Nuestra Señora de París;* P. Félix, *Conferencias sobre El progreso por medio del Cristianismo;* Padre Gratry, *La Philosophie du Credo;* P. Monsabré, *Exposición del Dogma católico;* abate Cauly, *Apologetique chretiènne.*

LECCIÓN VIII

El racionalismo y el Dogma de la creación

Si alguna cosa es manifiestamente filosófica y accesible á la razón humana, es el Dogma de un Dios creador de todas las cosas. La Iglesia católica, en su hermoso y sublime símbolo, pone en el comienzo aquellas luminosas palabras: *Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra*. Se comienza por creer en la existencia del Ser infinito; sin Él, nada existiría, porque siendo relativo y contingente este universo que llamamos mundo, necesario era que dependiese de un ser absoluto y necesario que le sirviese de causa; de otro modo ó el mundo sería Dios, lo cual es incompatible con la idea del ser perfectísimo é inmutable, ó existiría sin Dios, lo cual es absurdo, porque lo imperfecto necesitó venir de la nada al ser, ó bien, finalmente, tendríamos un mundo eterno con Dios; pero un mundo eterno habría alcanzado su estado límite, según las teorías de la termodinámica, y esto está lejos aún de suceder; por otra parte, si la creación era necesaria, no podemos escapar á la doctrina panteísta, y, en rigor, tendríamos un mundo-Dios, ó un Dios-mundo; ambas cosas se contradicen, porque no es dado predicar, identificándolos, la misma cosa

de seres tan diversos por su esencia, como son el ser finito é imperfecto de las criaturas, y la realidad infinita y perfectísima, que es Dios.

El error opuesto al Dogma de la creación, da en uno de estos extremos: El mundo sin Dios; ateísmo materialista ó concepción materialista y atea del universo. El mundo increado ó sea el universo independiente; el mundo-Dios, teoría panteística del mundo.

El primer error es muy viejo; los antiguos defensores de la doctrina de los átomos, que sin saber por qué se reunen y forman este gran concierto de la creación, es tan ridícula, que, como diría Balmes, encierra un imposible de sentido común, y además cojea contra la indispensable razón de causalidad. El ateísmo cosmológico de estos tiempos reviste un carácter marcadamente científico, y así lo dejamos, por el momento, para estudiarlo oportunamente en la segunda parte de este libro, al tratar las cuestiones de orden científico. La doctrina de un mundo increado ó del universo independiente da en el ateísmo ó en el panteísmo; el mundo sin Dios es un contrasentido, y, como veremos á su tiempo, tiene contra sí las conclusiones de la ciencia experimental; el mundo-Dios, ó sea la doctrina panteística, formó el error capital de la filosofía trascendentalista en estos tiempos y sedujo poderosas inteligencias. Es el error que merece ser detenidamente estudiado, y vamos á ocuparnos en relatar, brevemente, su historia y en hacer su crítica.

Comencemos por definir, para que de este modo se eviten malas inteligencias y no tengamos que andar con aclaraciones que interrumpan el camino. Por panteísmo entendemos aquella doctrina (todo-Dios) que por diversos medios, ó bajo formas distintas, enseña la identidad del ser, el *esse commune;* substancia única en la cual vienen todos los seres á identificarse; por manera que las diferencias que en ellos observamos no son más que meras apariencias, modos, fenómenos; pero todo ello dependiente, y á manera de simple manifestación, del ser único, eterno, infinito, del Dios-todo ó del todo-Dios; que en definitiva es igual.

Ocurre que para buscar esa substancia universal y única, los partidarios de tal sistema se desvanecen y pierden, ora en las profundidades y laberintos del propio pensamiento, y nos dan un sistema ó doctrina puramente subgetiva ó idealista; ó bien, fijándose exclusivamente en lo que es objeto de los sentidos, la materia, el mundo físico, van á dar á un panteísmo materialista que es verdadero ateísmo, como lo es también el anterior; que no por ser más delgado, sutil y noble, deja de ser falso el error de los trascendentalistas ó panteístas idealistas, verdaderos soñadores que en fuerza de abstracciones caen en la nada, y á esa nada apellídanla Dios; pero ese Dios, nótese bien, es, en ocasiones, el hombre mismo, es el espíritu, el pensamiento, la idea en sí ó el absoluto, no un absoluto vivo y real, sino aquel absoluto quimérico, que es el resultado de los sueños del idealismo panteísta de Schelling.

Pero el error panteísta no es ninguna novedad; ni á los alemanes, ni á los franceses, ni menos en España, es dado echarlas de inventores; cierto es que esa doctrina se muestra, en cuanto á la forma, vigorosa en el trascendentalismo racionalista moderno; pero en su fondo no es nueva; es tan antigua como la filosofía, y así vemos, al penetrar en la historia del saber humano, como tal error aparece entre los orientales. Allí está Brahma, llamado el ser verdadero, vivo, feliz, sin segundo; y al lado de este panteísmo, en donde Brahma, ese ser único, se identifica con el mundo, y que nos ofrece una doctrina idealista, se halla también el panteísmo enseñado por Kapila, verdadero panteísmo materialista, pues que para su autor Dios no es más que el conjunto de los seres materiales; pero, además, en el Bagavad-Gita, libro indio, se habla de Dios como de un principio que guarda en germen todo lo creado, y de donde salen todas las cosas, por natural desarrollo; y aquí tenemos el panteísmo emanatista.

Salgamos de ese cielo grandioso del Oriente y vengamos á esa tierra del arte y de la filosofía, cuna de tantos hombres ilustres, pero madre al par de tantos errores: Grecia. Aquí, desde los primeros días de su filosofía, sálenos al paso el panteísmo, enseñado por aquellos maestros de la escuela eleática, cuya doctrina afirma la existencia de una substancia única, infinita, eterna é in-

mutable, y que nos da como fenómenos puramente aparentes el mundo de los cuerpos y de las cosas visibles.

Más tarde, siete siglos más tarde, reaparece el panteísmo enseñado en la escuela de Alejandría; y luego, en la Edad Media, Escoto-Erigena lo enseña por los años de 886, y continúa mostrándose en ocasiones diversas hasta el siglo XVII, teniendo ardiente defensor en aquel desgraciado apóstata Jordano Bruno, que es condenado como hereje en 1600.

Aquí nos encontramos ya con el spinosismo, ¡extraña doctrina que afirma la existencia de una substancia única, dotada de extensión é inteligencia (!!), doctrina panteísta y contradictoria, verdadero absurdo teológico, burla de las ciencias filosóficas y mentís desvergonzado á la evidencia de la verdad!

De tan miserable base arranca en cierto modo el panteísmo de nuestros tiempos; y esa doctrina desatentada fascinó á los hombres estudiosos y pretendió invadirlo todo, habiendo sido tenida como flor y nata del saber filosófico, cuando no es en rigor otra cosa que un abuso de las leyes del pensamiento, ilusión de algunos soñadores que trastornaron muchas cabezas con daño manifiesto de los intereses de la verdad, de la ciencia y de la religión. No es de este lugar entrar en pormenores acerca del asunto; nadie ignora los sueños ridículos de Fichte, los delirios de Schelling, las pretensiones de Hegel y las candideces del

harmonismo de Krause, celebrado con locura poco menos que fanática en España, cuando los suyos apenas le conocían, tanta es la ínfima calidad del sistema y tan humilde puesto correspondía á su autor entre los modernos pensadores germanos. Del panteísmo francés no cabe hacer mérito; ninguna persona formal en asuntos filosóficos irá en busca de doctrinas á la escuela, si así podemos llamarla, de M. Cousin, ni al casi spinosismo de los sansimonianos. Y tratándose de materia puramente filosófica, nadie pensará en tomar por lo serio el misterioso y velado panteísmo literario de los Michelet, Jorge Sand, Víctor Hugo y otros.

El fondo común de todas las doctrinas panteístas es la afirmación de *una substancia única*. Tal afirmación equivale á decir que solamente existe un ser único, del cual son manifestaciones todos los séres que componen el universo; seres impropiamente dichos, que más bien deben tenerse como accidentes ó expresiones de la única substancia real.

Vengamos, pues, á la crítica de tan extraño sistema, y volvamos contra él la doctrina de las manifestaciones, haciendo ver cómo ella misma nos obliga á dar, como cosa real, la multiplicidad de seres ó substancias, y á ver cómo no es posible admitir la unidad absoluta ó exclusiva de un solo ser.

Oígamos á la filosofía que nos dirá lo que debe en realidad entenderse por manifestación. Mani-

festarse es producir algo; es obrar; es el ser que se revela, y habla, y se ofrece al entendimiento por ese medio. Ahora bien; es principio inconcuso de buena filosofía que el ser obra y se manifiesta según su naturaleza; es decir, produce algo en consonancia con su constitutivo metafísico, ó sea, con su esencia; luego, la manifestación nos dará á conocer la naturaleza del ser manifestado; la obra dará testimonio de la vida y substancia del agente. Un poema grandioso, sublime, magnífico, que admira á los siglos y desafía la inclemencia de las edades, acusa infaliblemente la existencia de un genio, de un gran poeta; llámese Homero ó Virgilio, Dante ó el Tasso; un trabajo literario flojo, desmayado, incorrecto, pobre de pensamiento, extravagante por la forma, mezquino en todo, acusará, ¿quién lo duda? uno de tantos desgraciados cultivadores de las letras, que como ciertas aves jamás lograrán levantar el vuelo, y si hoy merecen el desprecio de la generación á quien molestan con su empedernido empeño literario, mañana caerán barridos en el mar insondable del olvido, y solamente hallarán una página en la historia que poco más ó menos dirá: en tal tiempo, en tal nación, á causa de la manía de los hombres y del desconcierto en las ideas, brotaban enjambres de poetas y literatos, verdadera peste de la poesía y de las letras, y de cuyos nombres nadie se acuerda, porque no le tenían. Así es la historia y así son las cosas. Decíamos, pues, que toda manifestación es una revelación del ser; ahora bien; ¿dánse en el mundo diversas manifestaciones? Sí. ¿La diversidad de tales manifestaciones es esencial? Nadie lo duda; luego se dan seres diversos, diversas substancias, y por lo tanto es falsa, enteramente falsa, la doctrina que enseña la existencia de una substancia única y que niega su pluralidad; y nótese que aquí dejamos destruída la base, el punto de partida del panteísmo; y si la base es falsa, todo el edificio se desploma, y el gran castillo de naipes del panteísmo vacila, se estremece y se derrumba. Semejante desenlace es natural; la verdad no necesita más que aclararse, y el error cae al punto herido por el rayo que la luz de las cosas fulmina implacable contra él.

Mas no solamente daña la doctrina panteísta á los intereses de la verdad filosófica; es además destructora de los intereses legítimos de la ciencia. La verdad engendra naturalmente la luz y el bien; por el contrario, el error es padre de las tinieblas y del mal. El panteísmo, burlándose del sentido común, enseña la identidad del ser y del no ser; del yo y del no yo, de la verdad y del error, de Dios y de los seres finitos, del bien y del mal; ¿qué puede quedar en pie después de tales delirios? ¿La razón? Pero la razón desaparece si afirmamos la identidad universal negando la oposición de los contrarios. ¿El orden real ú ontológico? Si no hay más que una substancia única, la realidad de los seres no es otra cosa que pura fantasmagoría, y nada queda en definitiva más que el

esse commune, el infinito extraño de la doctrina panteísta, infinito singular, que nace y muere, que siente y no siente, que es al propio tiempo consciente é inconsciente, ignorante y sabio, bueno y malo, eterno y temporal, absoluto y relativo; que es todo y al ir á cogerle se desvanece entre las manos, como esos globos de jabón que reflejando los colores del arco iris y ocupando el espacio desaparecen al soplo malicioso y débil de un muchacho. ¡Y con esta nada y sobre esta nada, quiere dársenos la filosofía, la moral, y fundar y explicar la ciencia! ¡La ciencia de Dios y la ciencia del mundo; la ciencia del hombre y la de sus deberes y derechos! Menguada metafísica la que no distingue entre el orden real y el ideal ó subjetivo; entre lo finito y lo infinito, entre lo absoluto y lo relativo, entre lo necesario y lo contingente, entre la causa y el efecto, entre el tiempo y la eternidad. Menguada lógica esa que todo lo identifica dando muerte á la razón, destruyendo la base del raciocinio y convirtiendo en idéntica realidad la verdad y el error. ¡Menguada moral esa que no admite esencial diferencia entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, entre la santidad y el pecado, entre el deber y el derecho, entre la recompensa y el castigo, entre la infamia y el honor! Y con la ruína de ese orden metafísico, lógico y moral, sépase bien, se han borrado para siempre los fundamentos de toda verdad y de todo bien.

Se nos habla de la verdad ¡Cómo! Si aquí todo es aparente y relativo, no es dado admitir esa

verdad; todo ello es pura ilusión, resultado de un punto de vista; por lo demás, todo es idéntico, y si se ha de proceder con acierto, debemos darnos al más corrosivo escepticismo. No se nos hable de juicios y comparaciones, porque si la oposición es tan solo mera ilusión y únicamente apariencia, nada queda en pie ante la razón, incluso la razón misma. Ni se nos hable de moral, de bien, de mal, de obediencia, de autoridad, del derecho, del deber, de la religión, ni de la justicia; porque ó no es dado entender de lo que se trata, ó se intenta matar nuestra libertad engañándonos con teorías que descansan sobre un sueño.

En cuanto á la ciencia, fácil es demostrar que desaparece por entero al soplo del panteísmo. Toda ciencia estudia el ser que constituye su objeto, ya le mire en sí mismo, ya le considere en sus diversas relaciones. Hay, hablando en general, una ciencia primera y altísima, que estudia á Dios, al mundo y al hombre. Pero si Dios, el mundo y el hombre son idénticos, ¿qué género de estudio haremos entre cosas que no se oponen ó distinguen realmente? Y si á la vez son error y verdad, ser y nada, finitos é infinitos, ¿no cabe aquí dudar de ellos y afirmar que, puesto que lo son todo, deben ser forzosamente nada, á causa de la contradicción que ponemos en su propio ser?

Descendamos un poco. Si en las ciencias físico-químicas descartamos la diversidad substancial del ser, ¿qué habrá de quedarnos en pie al hacer las clasificaciones? Si en las ciencias naturales

todo se identifica, ¿cómo estableceremos los reinos, los géneros, las especies y todas las demás categorías? Si en el orden matemático identificamos el número con la nada, ¿será posible el orden de la cantidad? Si en el orden social no existe autoridad ni obediencia, si no hay justicia, porque no hay deber ni hay derecho, ¿qué gobierno habremos de introducir en las cosas humanas?

¡Cómo se vengan, en todo esto, la verdad y la fuerza de las cosas, ultrajadas por la mano demoledora del panteísmo! ¡La consecuencia final de tan sangrienta burla es el nihilismo! ¡Y esto no es pura teoría ni amenaza de predicador, ni aun siquiera visión de profeta que avisa! Es la voz elocuente de la historia, de esta historia que va tejiéndose á nuestra vista, y harto sabido es que tan funesto resultado no solamente corre y habla en los libros de los filósofos, sino que encarnado y vivo se agita en el mundo y nos amenaza, sin que nadie ignore sus criminales tentativas.

Y ahora cabe preguntar: ¿Qué se hace en el mundo para contrarrestar los desastres que en pos de sí lleva tan perniciosa teoría? ¿Quién ha levantado bandera contra las invasiones del panteísmo? ¿Quién? la apologética cristiana; y con autoridad indiscutible la misma Iglesia de Cristo, la Iglesia católica que al condenar las doctrinas panteístas vino á salvar los intereses de la verdad, de la ciencia, del bien y del orden social.

Resumiendo: el panteísmo, error pernicioso y trascendental, es la muerte de los intereses legítimos de la verdad, de la ciencia, y al confundirlo todo, identificándolo bajo la unidad de la substancia única, lo destruye todo y lleva por ende al universal escepticismo y al ateísmo, cuando al tratar de Dios se nos da en su lugar una palabra; menos aún; porque se nos da un fantasma.

Para consulta en esta lección, véanse los siguientes hermosos trabajos: *Conferencias en Nuestra Señora de París,* por los P. P. Félix, Lacordaire y Monsabré. El bien escrito libro, *Dios y el cosmos,* de D. Miguel Amer; el tomo I de *La religion en face de la science,* del sabio abate Arduin; *La creación,* por el P. Juan Mir. La primera y tercera parte de *El Cristianismo y los tiempos presentes,* de Monseñor Bougaud, y el gran tratado de *Cosmología,* del docto catedrático Sr. Hernández Fajarnés.

LECCIÓN IX

El racionalismo y el Dogma del pecado original

Difícilmente podría darse en estos tiempos asunto de mayor importancia que el presente, cuando se trata de estudiar al hombre como ser moral y social. Hay una doctrina pesimista que todo lo ve negro y triste; hay otra doctrina optimista que todo lo encuentra fácil y llano; hay una doctrina razonable que vive entre esos dos puntos extremos, que pone las cosas en su lugar y nos ofrece una solución definida, que deja tranquilo